

El hombre que comió lumbre

Ricardo Ancira

Ricardo Ancira —traductor y profesor de literatura francesa en nuestra Universidad— nos hace partícipes, jugando entre el lector y el autor, de un relato de humor negro donde los lectores somos cómplices inevitables de un crimen pavoroso.

Mientras escogía tomates verdes en el puesto, Virgilio estaba lejos de imaginar que en menos de veinticuatro horas su compadre Víctor Hugo Cacho yacería en un maizal.

A las cuatro de la mañana clientes y tamemes trajinaban sin reposo. El Bodegón, principal mercado del país, era una puesta en escena de la Bolsa, menos feroz pero con todo su elenco: depredadores, rémoras, presas y carroñeros. Cientos de camiones desembocaban frente al galerón; sus cargamentos caían como bolos alimenticios en la panza de un gigante. Junto con reses en canal y vegetales, el mercado devoraba también a millares de macehuales que se internaban en sus fauces desmañados, malcomidos y con frío. A eso del mediodía eran excretados con la panza llena de chatarra y titubeando entre conseguir un segundo subempleo y la delincuencia organizada.

[Podría hablarte aquí, apreciable aunque incauto lector, de los mameyes calados que se ofrecían como vaginas o de las lúbricas guayabas, pero prefiero no entrometerme en esas exquisiteces que plumas sublimes ya han glossado. Mejor me concentro en la inverosímil y metafó-

rica historia de Virgilio Chacinero Tapia, tamalero de reciente cuño y rudimentarias habilidades culinarias, por no mencionar su lastimoso aspecto].

Aquella madrugada, nuestro ¿héroe? depositó su enjuta carga en la camioneta Ford 66, de color azul cielo en un 39.4 por ciento. La portezuela anunciaba: “Virgilio Chacinero” TRANXPORTE DE TODO TIPO DE... Seguía una serie de sustantivos a medio borrar o con las letras encimadas que daba testimonio tanto del currículum vitae del vehículo como de las penurias y el ingenio de su propietario.

Diferentes patrias desfilaron al paso de aquella camioneta azul: bonanza reciente en los alrededores del Bodegón, la pretenciosa chabacanería de la clase media, el lumpen y sus cloacas, los palacetes inexpugnables de los pudientes, la sobriedad estalinista de las colonias obreras. Tal como las bestias de la selva delimitan su territorio con orines, los gobernantes lo marcaban con sus efigies en los postes y los pandilleros tatuando paredes.

La ciudad ya despertaba (el narrador solicita su apoyo; por favor relacione las columnas):

travestis	() piaban desde los alambres.
autobuses	() volvían definitivamente a la cama.
aves	() apretaban el paso consultando sus teléfonos.
oficinistas perfumados	() empezaban a envenenar el aire
forajidos	() tiritaban en las esquinas.
peones	() calculaban sus estados financieros.

Juana Inés, la mujer de Virgilio, lo esperaba en el zaguán, como agua para chocolate y sin leche para los hijos. Él traía cara de regresar al [y no del] matadero. No pudo ni entrar. El licenciado Pinzón venía a cobrar un semestre de renta. Esta vez no había modo de escabullirse. En la estampa del licenciado Pinzón destacaban la giba descentrada, la calva y las mangas brillosas del saco; su nariz completaba un perfil de rapaz. El viejo se complacía en hostigar la insolvencia de todo el clan. Llegado el caso, les embargaría sus pertenencias, empezando por la cuna del bebé. Juana Inés y Virgilio Chacinero no tenían cuna ni bebé, pero sí una deuda de siete meses y diez bocazas que alimentar, entre hijos, arriadas y entenados. El cobrador les dio veinticuatro horas, ni un minuto más, para apoquinar, so pena de poner de patitas en la calle todo el mobiliario —así dijo—, junto con el guardarropa y la docena de xochimilcas.

Juana Inés era una mujeruca seca como un olote. Virgilio la amaba, de manera unilateral. A mediodía ella echaba en una olla todo lo que tenía a mano —jitomates azules, huesos, cebollas amarillas y pellejos peludos—, lo cubría con agua hedionda y partía a los lavaderos. Ahí se enfrascaba en disputas sin fin con sus colegas mientras estrujaban cerros de ropa. Como sus comadres, pasaba las tardes viendo lujos en la televisión.

Más gritaba Juana Inés, menos la oía Virgilio. Él se sentaba, imperturbable, a desplumar pollos, como quien pule un soneto. Los hijos de ella y de ambos rondaban en manada completando para las pastillas. La escuela lograba evitar que acuchillaran ancianas en el transporte público. En casa de los Chacinero las carencias eran grandes, aunque no tanto como las rencillas.

Aquel nefasto día Virgilio Chacinero salió de casa a pedir prestado. En la Refaccionaria Home-rin dormitaba don Homero soñando con las palmeras, el mar y las abordables sirenas de su natal Veracruz. Se incorporó y dijo *no, ni madres*. Tampoco hubo suerte con el ahijado que repartía pizzas, casi siempre con retraso. Dante, en su establecimiento El Abismo, tenía aún menos liquidez: sus cinco barriles de pulque no cesaban de espesarse. El de la droguería, magnate de la zona, estaba



Pablo Aguinaco, *Peugeot 403*, 2007

endrogado: su mercancía no se fumaba ni se inyectaba; la única venta segura era la que proveía las inhalaciones diarias de los menesterosos.

A la vuelta de una esquina, Virgilio vislumbró a Margarita, cuyo nombre artístico era Yesenia. La chica no devoraba hombres, como sostenía el cura de la parroquia; se limitaba a mordisquearles el jornal. El chef de nuestro relato tenía abono con Margarita, y en ese amor había invertido la plusvalía de su empresa. Virgilio quiso hacer valer la relación comercial que los unía. Le solicitó un préstamo con intereses moderados. Margarita tuvo que confesarle que todos los dividendos se los metía por las venas, y que esa heroína [me refiero a la droga, no a la muchacha] cada vez se cotizaba más cara.

Virgilio estaba a punto de inmolarse ante la jauría de coyotes frente a la casa de empeño cuando una noticia lo llenó de alegría: gracias a un cierre ciclónico en la sexta carrera, Lord Byron, un tordillo tresañejo, acababa de llenar de bonanza los bolsillos de su compadre Víctor Hugo. Virgilio consideró oportuno *darle un sablazo*, no sin antes emborracharlo [como se verá más adelante, y modestia aparte, ningún cuentista usó jamás esta expresión con mayor pertinencia ni justeza].

Para que se haga usted una idea de su figura, le diré que Víctor Hugo Cacho era risueño y botijón, con un bigote como peine desdentado, bajo el cual ardía en permanencia un cigarrillo sin filtro. De haber medido medio metro más seguramente sus piernas no serían zambas ni le faltaría cogote. En sus oídos parecían crecer matas de diente de león, y entre la nariz y el pómulos le adornaba el rostro un quiste que tenía el color y la tex-

tura del huitlacoche tierno. Nunca se le vio con otro atuendo que unos pantalones manchados de pintura y una camiseta anaranjada con vivos en plata.

¡El compadre de Virgilio, *casi su carnal*, se había vuelto rico! Había que apresurarse antes de que a esa fortuna se la tragara la tierra o Yesenia, revuelta con otros fluidos, o bien que acabara entre limones en algún mingitorio. En la guantera de la camioneta aproximadamente azul se encontró un pomo algo mermado.

No bien se habían sentado los dos alegres compadres que ya les fluían el alcohol por las venas, las carcajadas entre los labios y el rencor alrededor de las pupilas.

Víctor Hugo y Virgilio, al alimón pero también cada uno por su lado, habían libado hectolitros de alcohol en funciones de lucha libre, velorios, palenques...¹

Los humos del alcohol se mezclaban con los del cigarrillo ovalado que Víctor Hugo traía engarzado entre los labios. Esquivó con maestría los engatusamientos y sablazos del otro: se había jurado que nunca le volvería a prestar. Los alegatos duraron horas; las botellas, minutos. De pronto, sin causa aparente, Virgilio acusó a

Víctor Hugo de querer hacerle de chivo los tamales con Juana Inés, su esposa. Sin más, le incrustó un cuchillo cebollero, primero en el pecho, luego en la rabadilla. El agredido abrió la boca, en parte por el dolor, quizá por la sorpresa, pero más que nada para jalar aire.

El *pas de deux* del par de ebrios se desarrollaba como en cámara lenta. Virgilio cambió los trastos: el cebollero por un hacha corta y siguió tirando tajos. Pronto, del vientre de Víctor Hugo parecían manar cubalibres. La sangre de la carótida salpicó paredes y techumbre. El tamalero, instintivamente, acercó una cubeta. En ella se desangró Víctor Hugo. El compadre sólo dejó de gruñir cuando su plasma empezaba a cuajarse. Aquello que diez minutos antes todavía transportaba nutrientes, ron e ilusiones empezó a adquirir consistencia de morcilla. [Llegados a este punto podría yo irme por la salida fácil y describir el lavadero como piedra cuauxicalli en la cual el sumo sacerdote reclinó el cuerpo del sacrificado para después abrirle el pecho con una punta de obsidiana y extraerle el corazón como en los ritos de la cosmogonía prehispánica y etcétera, pero prefiero ceñirme a los hechos y asentar aquí que el cadáver fue destazado en el lavadero, por cuyas canaletas escurría una sangre que se parecía a la tinta con la que yo estaría escribiendo estas líneas si no tuviera mi laptop]. Aún era muy pronto para determinar adónde se dirigiría el alma

¹ Usted ya habrá entendido que los puntos suspensivos rempazan fiestas patrias, partidos de futbol, burdeles, casamientos, peleas de box, festejos de santos patronos, quince años, piquenas, balnearios, comuniones, aceñas, obras negras y bautizos.



Pablo Aguinaco, *Calacas oaxaqueñas*, 2007

del difunto, lo único cierto es que su cuerpo caía ya en retazos en el agua hirviendo de una cacerola industrial.

Virgilio batió a medias la manteca. Agregó el nixtamal y chorritos de caldo de tequesquite. Amasó a mano. Estaba exhausto. Las gotas que caían de su frente acabaron por dar consistencia a la masa. No condimentó más, sea por las prisas o porque su subconsciente decretó que el compadre Víctor Hugo de por sí siempre estuvo salado. Apenas se puso untuosa la pasta, nuestro chef empezó a untarla, presuroso, en las hojas de maíz humedecidas. Recalentó el pipián y la salsa verde. Con cierta repugnancia al principio, deshebró a Víctor Hugo. Empezó por los muslos que tanta cabaretera sostuvieron; siguió por los brazos que en su vida laboral habían levantado cajas y materiales. Los últimos tamales los rellenoó con la carne de la espalda, propiamente el lomo, en este caso fibroso y muy hecho a la hamaca. Luego cerró las hojas de maíz con la punta hacia arriba para que la masa no se saliera y los acomodó parados en la vaporera. Le cambió el agua a la cacerola y en ella puso a hervir lo que quedaba de Víctor Hugo Cacho. Ahora sí tuvo tiempo y cabeza (*por cierto, ¿qué hago con la sesena?*) para añadir un ramito de hierbas de olor y bastante epazote. Los perros del barrio se colaron a lengüetear en los charcos sangre y humores. El tamalero envolvió la cabeza de Víctor Hugo en un lienzo. Por fin se libraba de aquella mirada anhelante y vidriosa que las moscas no alcanzaban a tapar. Se puso a fregar el piso con cloro. Sollozaba.

Horas después la masa se desprendía de la hoja con facilidad; ello significaba que su compadre estaba en su punto, preparado para afrontar el juicio popular. Aún no clareaba cuando el anafre ya humeaba. Como cada mañana, la precaria tamalería se instaló a la salida del metro. Virgilio avivaba el carbón con un aventador en forma de corazón. Sus muñecazos tenían la precisión de un cirujano y la solemnidad de los ritos mesoamericanos. La inmensa olla de vapor, a pesar de estar bien tapada, dejaba escapar algunas volutas de humo, como si Víctor Hugo, encerrado ahí, siguiera fumando uno de sus cigarrillos.

Al rato, el tamalero vio venir a su comadre Hildegarda, cuyo mandil barroco hacía lo posible por cubrirle las carnes. Venía con Miguel Ángel y Leonardo, los únicos hijos que había parido en ese quinquenio. Los tres parecían salidos de una caricatura japonesa. Abusando de la gentileza de Virgilio, cada angelito engulló tres tamales, dos verdes y uno rojo, no así Hildegarda, quien se zampó cinco, empotrados en igual número de bolillos. La viuda (que hasta ese momento ignoraba el súbito cambio que había sufrido su estado civil) comentó con desgano que el bueno para nada del Víctor Hugo no había llegado a dormir; lo maldijo; se relamió los colmillos; eructó [pude haber escrito que barritó] y se

despidió fríamente: *Abí luego hacemos cuentas, chaparrro*, murmuró mientras agarraba a sus oseznos y retomaba el andar paquidérmico.

Antes del mediodía ya se habían vaciado las dos ollas. Víctor Hugo estaba en boca de todos, valga la expresión. Por primera vez tuvo éxito, él que había fracasado como tragafuegos, cargador, tapicero, migrante, exterminador de plagas, carterista, yesero, trovador, chofer, lector de tarot, jornalero agrícola y, a últimas fechas, lijador de puertas. Se podrán decir muchas cosas de este desafortunado incidente; lo único cierto es que Virgilio y su compadre dejaron satisfechos a todos.

Cuando, a causa de una pestilencia mayor que de costumbre, el horrendo crimen se convirtió en la comidilla del barrio y en la chuleta de los reporteros no faltó quien dijera que Hildegarda se había comido —y no precisamente a besos— a su galán. Esta leyenda negra que tanto excitó a sus contemporáneos fue la única ocasión en que Víctor Hugo alimentó satisfactoriamente a su familia.

—Al que nace pa' tamal, del cielo le caen las hojas —sentenció una voz popular entre los curiosos que se apiñaban frente al zaguán.

Ante las autoridades, Virgilio Chacinero reconoció que había obrado mal, pero argumentó que por lo menos su compadre Víctor Hugo, que en gloria esté, no acabó en una quesadilla ni en un sope sino que fue arropado por la dignidad del nixtamal que para nuestros antepasados era carne de nuestra carne. El agente del ministerio público lo interrogaba con voz cortante. Quería saber cómo diablos había llegado aquel cráneo a un zompantli perdido en la sierra.

Juana Inés había intentado evitar el arresto de Virgilio; se atrincheró con la mujer de don Homero, constitucionalista aficionada, con Dante, el pulquero, siempre presto para la pendencia, y también Yesenia, buena para deschongar. Intentaron linchar a los agentes, pero entraron en razón cuando los policías sacaron sus armas, las mismos que un amargo pasado grabó con pavor en nuestro ADN. Juana Inés desistió después de tres horas e hizo un balance costo-beneficio: una boca y, sobre todo, un gañote menos disminuirían considerablemente las pérdidas del negocio, que aún no se recuperaba de la última recesión.

En su defensa frente a las autoridades, Virgilio aludió al pecado de la carne, a que el pez grande se come al chico, la sangre del cordero, la muerte es traidora, no avisa día ni hora, una ofrenda a los dioses, Caín y Abel, donde hay amor hay dolor, el cuerpo de Cristo, a buen hambre no hay pan malo, el que come y no da, atragantado morirá. Concluyó citando [me parece que inexactamente] el *Popol Vuh*, libro sagrado de nuestros ancestros:

—De maíz somos y en palomitas nos convertiremos, señor juez. **U**